

LA VIDA POLÍTICA DE MÉXICO DENTRO DE 25 AÑOS

RAFAEL SEGOVIA

UNA PERSONA SEMISENSATA se negaría a hacer cualquier pronóstico sobre el futuro de México o de otros países. La política, o más exactamente, el estudio político, prohíbe cualquier tipo de vaticinio. La cantidad de variables que intervienen en el menor fenómeno político, las interrelaciones que entre éstas se dan, la imposible ponderación de lo político, envían al desván de las fantasías todas aquellas ideas, apreciaciones y juicios que pretenden lidiar con el futuro. Los estudios políticos no son una ciencia ni exacta ni natural y, por lo mismo, carecen de todo valor predictivo. Especulamos, suponemos y, más que nada, deseamos, de acuerdo con nuestro leal saber y entender, cuando no de acuerdo con una serie de presuposiciones rígidas y de dudoso valor que proyectamos al futuro con un entusiasmo digno de mejor causa.

Si, como dice Carlos Marx, “el hombre hace su historia, pero no sabe qué historia hace”, en este momento estamos, por lo menos aquellos que tienen mayor energía, haciendo una historia de la que no sabemos nada y que los historiadores del mañana nos reprocharán con la misma violencia y mala fe que hoy cargamos todas las culpas en una serie de villanos, que van de Hernán Cortés a López Portillo, y que cada quien haga su selección. No es pues al estudioso de la política, al politólogo, a quien hay que preguntar por lo que viene, sino al político o al empresario, al arzobispo o al líder obrero, a quien pueda capturar y modificar el presente, dado que un estudioso no puede sino observar lo que ocurre bajo sus ojos y equivocarse, por más agudo y penetrante que sea, pues su visión es siempre parcial, escasa y deformada. El hombre de Estado, el político y, más que nadie, el tecnócrata, por lo común se embaraza poco con las ideas generales y se atiene a lo posible, sufre sus limitaciones y yerra en la intención, como todo el mundo. Su limitación es la que, en primerísimo lugar, le lleva a hacer una historia que no sabe cuál es su destino final.

Parecería, pues, que el hombre de estudio y el hombre de acción se encontraran ante la misma impotencia, se hallaran sometidos a la

misma fatalidad. La verdad, creo que no es así. Bien mirado, lo que con el título tan rimbombante como inmerecido se llama ciencia política, tiene la posibilidad de predecir siempre el pasado y no siempre el futuro. De ser una auténtica ciencia, sabríamos al menos practicar autopsias infalibles, perfectas y evidentes. Ustedes saben que hay tantas explicaciones del pasado como historiadores, y que la menor interpretación política es objeto de controversia cuando nos decidimos a leer la obra de algún colega. Para bien o para mal, la acción política no deja la realidad política como la encontró: siempre introduce algo nuevo, así lo que aparezca nuevo sea, de hecho, repetitivo.

En lo que hace a esta charla, me sentiría más a gusto de darla el 12 de enero del año 2000. Para empezar, me equivocaría menos. Empezamos, no me queda de otra, por lo evidente: de acuerdo con nuestra fecha de nacimiento, todos tendremos 14 o 15 años más el 12 de enero del año 2000, por lo menos así lo deseo. En segundo lugar, y de acuerdo con los desacuerdos de los demógrafos, seremos 100 o 125 millones de mexicanos. No nos dicen cuántos habrá en Estados Unidos. Si viviremos aún en una crisis económica o, por el contrario, nadaremos en la abundancia, es algo que los economistas no se atreven ni a mencionar, porque la “coherencia interna” tan alabada por quienes se dedican a la economía falla con más frecuencia —pero eso sí, con una seguridad impresionante— que las especulaciones de los politólogos. Hay algo serio, sin embargo, de lo anterior: la brecha que separa a los países ricos de los pobres será mayor que en nuestros días. El retraso que tienen los países pobres —estén en el lugar 14 o 16 en lo que hace a la industrialización— en materia de tecnología, se antoja irrecuperable. Frente a la guerra de las galaxias, nos encontramos, de hecho, en el paleolítico superior. Negarlo es tratar de tapar el sol con un dedo, y de aquí podemos partir para aventurarnos en el futuro inmediato.

La primera consecuencia que genera el desnivel existente entre México y los países de la revolución industrial, como se ha subrayado en la mesa anterior, es la agudización de las diferencias internas. Hoy, a consecuencia de las crisis económicas, las diferencias entre los mexicanos pobres y los ricos son mayores que hace quince años. La política de nivelación y, en lo posible, de igualación de las clases sociales, se ha venido al suelo. No quiero tirar piedras hacia atrás, ya lo dije. Me limito, pues, al hecho escueto y me atrevo a decir que cuanto más dure la crisis mayores serán las diferencias sociales dentro del país. Sería utópico, a mi modo de ver, pensar que estas diferencias abismales van a engendrar cambios convulsivos, revoluciones o conmociones sociales y políticas incontrolables. Todos sabemos que, en las situaciones más crí-

ticas, la apatía social campea por sus respetos y los egoísmos se exacerbaban. El temor a perder el empleo es más fuerte que la degradación del nivel de vida. La conservación, así sea en la precariedad, de lo que garantiza mínimos en salud, educación, alimentación y casa, domina y anula la solidaridad de clase. Puede pensarse en *jacqueries*, en movimientos milenaristas, en explosiones locales, pero no en una revolución política, menos aún en una social.

Trasladándome a un terreno donde el pesimismo es de rigor, no he hallado en ningún lado una solución a los problemas agrarios del país. Desde la época colonial, México vive una situación imposible en el campo. No me refiero tanto a la producción agrícola como a la tenencia de la tierra. Las buenas intenciones de todos, de los ilustrados en la última fase de la colonia, de los liberales que los sucedieron, de los agraristas que desplazaron a los liberales, han creado una situación sin salida. Nadie puede pensar siquiera en un cambio radical en el campo, a menos que el cambio radical se imponga en todo el país. La socialización de la tierra, que algunos ven como una forma perfecta de su explotación, no sirve —la historia lo ha probado— más que para hacer unas películas insoportables en donde se exalta la alegría de trabajar en un koljós o en un sovjós. La manera segura de reducir drásticamente la producción pasa por la socialización, y ahí están los soviéticos, rumanos, polacos y vietnamitas para probarlo. La asociación integral queda, a mi modo de ver, relegada al museo de curiosidades que se puede visitar en la Facultad de Economía de la UNAM.

Autorizar un mercado libre de la tierra es igualmente absurdo. Los intereses creados son demasiado fuertes y demasiado antiguos. Pero no se trata sólo de campesinos y de terratenientes, de ingenieros de Chapingo y de delegados agrarios. La tenencia de la tierra es uno de los factores más seguros del control político en México. Permitir la enajenación de las tierras de labor, dar entrada a una explotación capitalista y racional del suelo, es atentar directamente contra esa estabilidad. Estamos ante un pecado histórico, casi un pecado original, que no vamos a borrar por más actos expiatorios que hagamos. En el año 2000 veremos los mismos problemas, agravados por una presión demográfica que se acercará al límite de lo intolerable, pero mientras llega, saludemos a nuestros futuros kulaks.

La contaminación que ahoga a nuestras ciudades, consecuencia de la industrialización acelerada y del lamentable desarrollo de los servicios urbanos tanto como de la inconsciencia de sus moradores, ha pasado también a envenenar la figura idílica del mundo rural. Ríos y tierras están, de hecho, tan contaminados como las ciudades. La destrucción

de los bosques, y haber hecho de las costas un vertedero de inmundicias y desperdicios industriales, tarde o temprano se paga. El hecho central del subdesarrollo radica precisamente en la introducción de los descubrimientos del mundo desarrollado de manera parcial e incompleta. Las vacunas, el agua potable, los antibióticos, acaban con la mortalidad infantil y alargan la vida de manera prodigiosa, pero no multiplican los recursos naturales de igual manera. Mientras que la creación científica y la innovación tecnológica sigan siendo productos de importación, nos hallaremos ante el mismo dilema: crecer a cualquier precio o depender del exterior. Sabemos ya cuál es el precio del crecimiento y los costos de la dependencia; queda el optar. ¿Habrá una política definida en el año 2000? Lo dudo, pero puede haber una nueva secretaría de Estado, ya no de ecología sino abiertamente de la contaminación.

Siguiendo el orden sectorizado del PRI, detengámonos un momento en el movimiento obrero, que de movimiento tiene poco en este momento. Podríamos señalar las escasísimas posibilidades de que las organizaciones de trabajadores desaparezcan o se transformen hasta no poder ser reconocidas, si se tiene como modelo su imagen actual. Sin caer en la consabida "columna vertebral" del sistema político mexicano, la existencia de una industrialización —quizá distorsionada— asegura la persistencia de los sindicatos en los 15 años por venir. Quizá las mayores dificultades aparezcan en la conquista del poder sindical y en la unidad del mismo. La brutal crisis que vive la izquierda, que muestra ser más estructural que coyuntural, es y será, en los años inmediatos, un alivio para la vida de los sindicatos agrupados en el Congreso del Trabajo, al probarse que la alternativa de izquierda es puramente imaginaria. Las relaciones, con frecuencia tensas, entre el PRI y el sector obrero, la organización del Partido Revolucionario Institucional que se pretendió bajo la presidencia de Carlos Sansores, pueden agravarse de perdurar la crisis. De todos modos, resulta difícil imaginar una ruptura entre el PRI y el Congreso del Trabajo.

Si aceptamos que campesinos y obreros, al menos a través de sus organizaciones, son una de las bases de este sistema político, el sistema no se agota en ellos, y menos aún sus organizaciones son consideradas por el resto de la población representativas del país en conjunto. La estructura semicorporativa impuesta por el PRM es cada vez menos aceptada, y la pluralidad resultante de este resquebrajamiento parece originar un cuestionamiento que desafía, en primer lugar, a la legitimidad revolucionaria en cuanto base del sistema político y, en segundo, al monopolio que el partido revolucionario ejercía en nombre de esta legitimidad. En contra de todo cuanto se ha dicho, el pluralismo político,

consecuencia de un más acusado pluralismo social, ha crecido en México de manera impresionante y es, por lo demás, un movimiento irreversible. Puede considerarse, en más de un aspecto, a nuestra democracia como una democracia otorgada. En el forcejeo que se observa entre la sociedad —o, si se quiere, lo social— y el Estado, en la vida de la nación, el paso ha sido impuesto casi siempre por el Estado, pero el avance se ha dado.

Tenemos pues una crisis que presenta dos caras: por un lado una crisis de legitimidad, y por otro, una crisis de representación, que se confunden en una sola moneda, la de la estabilidad del sistema político. La representación no es un problema obrero y campesino. El mundo del trabajo manual y asalariado está más atento al problema de la justicia. Los sindicatos, por su propia naturaleza, no han sido nunca ni democráticos ni representativos. Las democracias más alabadas del mundo poseen los sistemas sindicales más corruptos en lo que hace al modo de elección de sus líderes, y con todos estos defectos son apoyados por los obreros en la medida en que cumplen un mínimo de funciones. El problema inherente a la representación está, pues, al margen de estos sectores. La representación política es un problema de las clases medias y de la *intelligentsia*. La falta de encuadramiento político, el rechazo instintivo de los partidos, el gusto por la teoría y la repulsión que en estos grupos produce el ejercicio del poder y su servidumbre, las adentran día tras día en una crítica de la autoridad, frente a la cual no proponen un nuevo programa, nuevas formas de organización de la sociedad o una nueva forma de ejercicio del poder, sino, de hecho, la negación del mismo. Basculan, dentro del ejercicio político, alianzas a primera vista incomprensibles, casi contra natura. Sus ambigüedades, cruzadas con una crisis económica de magnitud hasta ahora desconocida, han planteado las posibles soluciones en el terreno electoral más que en el propiamente político, y no parece que vayan a desplazarse de él en los tres lustros por venir. Con ello, regresamos al problema de la democracia otorgada.

Las demandas —que en este momento se llaman exigencias— de la sociedad civil (que a veces no lo es tanto), se caracterizan por su abundancia más que por su calidad. Tomemos las páginas culturales, sociales o políticas de cualquier periódico o revista que se considere a sí mismo progresista, de izquierda o revolucionario, y nos encontraremos con la exigencia de que se apoye, es decir se subvencione, a un escultor modernista que nadie conoce, a un dramaturgo que ha visto todas sus obras rechazadas, a un pintor que no ha podido colgar sus cuadros en ninguna parte, a un alpinista que quiere escalar el cerro de la Estrella. Las exigencias van dirigidas al Estado, como al Estado se dirigen las peti-

ciones de todos los grupos, de los científicos hasta los ciclistas, no digamos nada de los empresarios, comerciantes e industriales. La lista sería interminable, porque es todo el país quien ante cualesquiera problemas mira hacia el Estado; los hay que son de su competencia, pero otros no lo son para nada. Esto nos lleva al deseo de un Estado gigantesco y carente de voluntad; de ahí veremos cómo se disuelven las alianzas y acuerdos contra natura, que ni siquiera son articulaciones, así sólo fueran pasajeras, de intereses de clases.

Pero demandas y exigencias existen, no pueden ser ignoradas de plano, y aquí entra lo que podríamos llamar la filosofía del Estado mexicano, misma que seguirá con mayores o menores énfasis. Ante presiones populares (o aparentemente tales), el Estado ha sabido reaccionar a través de un procedimiento que incluye tres fases: primera, la negación pura y simple; segunda, la negociación; tercera, la aceptación disminuida, pulida, edulcorada, de la petición. Al no retener más que esta última fase en los análisis políticos, aceptamos sin mayores distinciones que vivimos una forma de democracia graciosamente concedida, y por este sesgo volvemos al caso de la representación, que es y será el campo que se extiende, sobre todo, ante nosotros. La representación política se halla empantanada en México por la falta de representatividad de las organizaciones políticas. Nadie en el PAN, algunos de sus dirigentes lo han confesado públicamente, cree que los millones de votos recibidos en las elecciones entraran en las urnas en apoyo de un programa, entre otras cosas porque este programa no existe. Basta ver la caída vertical de los partidos de izquierda para que uno se pregunte en nombre de quién hablan. Cuando en un periódico o en una revista se pronuncia el nombre de la opinión pública, no se puede reprimir una sonrisa de escepticismo, y da lo mismo que se hable del pueblo que de las clases medias o de los sectores empresariales. Olvidemos, incluso, por un momento, las dificultades —a veces insolubles— que la teoría de la representación nos indica. Pensemos sólo, por un lado, en lo que existe, y por otro, en lo que se puede hacer.

Quienes menos hablan en México de representación son, precisamente, los que están representados: obreros y campesinos, con las dificultades antes señaladas, tienen los canales trazados para transmitir sus demandas, en este momento reducidas al mínimo. El caso es que los canales existen. Los cuerpos profesionales —sus organizaciones gremiales— son poseedores de una presencia que seguramente no tiene nadie más en México; su influencia sobre las decisiones políticas y económicas no tiene comparación con ninguna otra; de ahí su alejamiento de partidos y asociaciones ajenas a su poder corporativo. Esto repre-

senta una doble situación, ventajosa y desventajosa, para el Estado. Es ventajosa porque las negociaciones pueden darse ante grupos competitivos, aislados y, por lo mismo, con una capacidad de negociación muy reducida. Presenta, en cambio, desventajas cuando el Estado se ve obligado a componer el rompecabezas de sus concesiones e imponerlas al conjunto del país. De aquí se desprende la necesidad de la representación parlamentaria y de los partidos, pero ya hemos visto que los partidos, cuando existen, no representan a nadie.

En los dos últimos sexenios, por el contrario, hemos visto no sólo una reforma política, sino un nuevo estilo crítico en los medios de comunicación. Las deficiencias parlamentarias y partidistas han sido suplidas por una ampliación de los espacios libres de la información. Si van a crecer, o por lo contrario a retraerse, es algo que depende del mundo de la universidad, de la *intelligentsia* y de la respuesta general que los mexicanos den a quienes les informan.

El optimismo no puede, en las circunstancias presentes, formar parte de un panorama del futuro. México, dentro de 15 años, se parecerá sorprendentemente al México de 1986, tanto como éste se parece al de 1970. El mundo desesperado que salió de 1968 fue superado, lentamente y con ganancias políticas. Estamos en el espesor de un presente sin seguridad. Vivimos en una crisis de la que tarde o temprano saldremos, como salimos de la de 1968. Siempre se sale de los conflictos, lo que importa es salir antes del año 2000. Así lo esperamos.

Comentarios

Mis comentarios serán por fuerza un poco incoherentes, ya que, al entrar como comentarista emergente, los preparé literalmente sobre la rodilla. De hecho, sólo puedo compartir con ustedes mi reacción inicial a la ponencia de Rafael Segovia, la cual, como casi todo lo que él escribe, me pareció muy interesante. Ante todo, noto un serio conflicto entre lo que dice Rafael y lo que se dijo en la mesa anterior. Por mi parte, tiendo a estar más de acuerdo con lo que se dijo antes que con lo que se dice ahora. Es decir, en mi opinión, México requiere transitar pronto, con urgencia —y no en un futuro indefinido— por el camino de la democratización.

Este tránsito es algo indispensable, no sólo desde el punto de vista de la política exterior, que fue lo dicho en la mesa anterior, sino también desde el de la viabilidad interna de nuestra sociedad. Poniendo aquí el énfasis —de acuerdo con mi deformación profesional— en lo económico, creo que la tran-

sición mencionada es necesaria para, entre otras cosas, proporcionar una salida económica a nuestra economía mixta. No se trata aquí de más o de menos intervención del Estado, ni de más o de menos empresas paraestatales. De hecho, no es para nada seguro que una mayor democratización vaya en el sentido de una mayor privatización de la economía. Sin embargo, sí se trata de una asociación entre lo que la gente desea y lo que las empresas paraestatales hacen. Se trata también de que los juicios sobre la gestión técnica —o económica— de los diversos entes estatales y paraestatales dejen de ser predominantemente políticos y, por tanto, inexpugnables, para hacerse desde un punto de vista técnico, es decir en función de la eficiencia de los resultados de dicha gestión. Sin este juicio por resultados, es muy difícil que la empresa paraestatal se haga eficiente y, por ende, que nuestra economía pueda modernizarse.

En contraste con lo que he dicho hasta aquí, estoy de acuerdo con Rafael en que muy posiblemente veremos en el futuro cercano un serio agravamiento de los problemas de distribución del ingreso. Hay que reconocer que este hecho plantea serias dificultades para que ocurra, en el futuro cercano, un tránsito *ordenado* no sólo hacia una sociedad más democrática sino también hacia *cualquier otra parte*. Una distribución del ingreso muy concentrada tiende a inmovilizar la sociedad, o, al menos, a dificultar su cambio pacífico. Es indudable que, mal que nos pese, Rafael Segovia tiene razón al señalar estas dificultades, pues la democratización daría posibilidades de acción a grupos importantes de la población que van a enfrentarse con grandes brechas en el ingreso absoluto y relativo del que cada grupo dispone. En estas condiciones se vuelven pocas las probabilidades de que estos grupos logren un acuerdo mínimo sobre el rumbo que debe tomar el Estado en su política económica y en otros aspectos de su acción. Es obvio que sin este acuerdo la democracia política no puede funcionar.

Dicho de otra manera, es indudable que la democratización —incluyendo el mero movimiento hacia ella— está asociada a un proceso de movilización social. En las condiciones de enorme concentración del ingreso en que vivimos —que serán peores en el futuro— esta movilización, dado que se hace en un sistema político en que los partidos representan poco, puede volverse caótica y no, como casi todos queremos que sea, un proceso que fortalezca al Estado. De hecho eso es lo que, a mi juicio, ocurre ahora. Hay una movilización en que los partidos políticos no están actuando tanto en función de los intereses nacionales sino más bien con el propósito —un tanto oportunista— de dar cauce a cierta presión de la gente por movilizarse. Es indudable que esto, si prospera, resultaría en un conjunto de demandas sobre el aparato económico que éste simplemente no podría satisfacer.

Para subrayar este punto, baste señalar que es muy probable que una movilización más o menos espontánea —es decir no adoctrinada— de grupos que tengan una baja participación en el ingreso, casi necesariamente resultaría en un aumento serio de las demandas de mayor consumo. Así, por lo menos, ha ocurrido en algunos países del Cono Sur. Estas demandas vendrían inevitablemente a presionar sobre la capacidad de inversión y de crecimiento del país.

En estas condiciones, la pretensión modernizadora de los actuales movimientos prodemocráticos de nuestro país puede ser seriamente contradicha. La observación de este mecanismo fue lo que llevó alguna vez a Raúl Prebisch a decir que la democratización de América Latina debía esperar.

La conclusión que yo saco de estas reflexiones, no es que “por ahora” la democratización no es posible, sino más bien, que si queremos que avance la democratización del país, será inevitable que se fortalezca el sistema de partidos de nuestro sistema político. Yo no sé si dentro del concepto de democracia “otorgada” que menciona Rafael podría haber una acción pública, o una acción social, o algo, que nos lleve a un fortalecimiento de los partidos nacionales, a fin de hacer posible que la movilización asociada con la democratización sea coherente con las necesidades de modernización de nuestro país. En todo caso, me parece que la responsabilidad de que esto ocurra descansa en primer lugar, aunque no únicamente, en las personas y grupos que ahora tienen el poder político, ya que sin su promoción activa no habrá en nuestro país partidos de oposición que puedan en forma efectiva hacerse corresponsables de las tareas de gobierno. Si este proceso de fortalecimiento no ocurre, no habrá oposición orgánica responsable ni creíble. No habría, entonces, esperanzas de cambio pacífico. Esto no sería nada halagüeño, pues también creo que a la larga, o la corta, es inevitable que las cosas cambien.

CARLOS BAZDRESCH P.

El tema que hoy nos convoca —La situación de México en los próximos 25 años— me hizo recordar la máxima: “No hay mejor profeta que aquel que predice el pasado.” Ello viene a cuento porque Rafael Segovia ha hecho un gran esfuerzo por vislumbrar ese futuro en su ponencia, situándose en el momento presente. Quiero yo, para cumplir con mi papel de comentarista, situarme en el extremo temporal contrario y desde ahí completar una visión (posible) de ese futuro, viéndolo como posible pasado.

Dentro de veinticinco años, en el 2011, cuando se cumpla el cincuentenario del Centro de Estudios Internacionales, espero se celebre otra reunión como la presente, en la cual se dedique tiempo a constatar aciertos y desaciertos en nuestras predicciones. Pero situémonos en ese futuro para preguntarnos sobre el contexto social y político que se analizaría en esa hipotética reunión.

En primer lugar se constataría que el marco económico sería bastante parecido al que acaba de describir Carlos Bazdresch en su comentario. Es decir, se comprobaría que durante todo o buena parte de ese cuarto de siglo, la economía se habría caracterizado por un pobre desempeño y una aguda escasez de recursos de inversión. En otras palabras, habría sido imposible regresar a la Arcadia del desarrollo estabilizador de los años sesenta. Espejismo este, por

otro lado, que habría ya desechado incluso el más nostálgico. Ese marco económico habría determinado los límites dentro de los cuales necesariamente se habrían presentado y resuelto las negociaciones políticas.

Paralelamente, y para agravar aún más la situación, si de aquí a entonces no se hubieran tomado enérgicas medidas, la brecha tecnológica —uno de los temas fundamentales que tocó Rafael Segovia en su ponencia— se habría agrandado de tal manera que se antojaría imposible recuperar el terreno perdido en gran parte de los renglones que comprenden este campo. Para entonces resultaría más que obvio que el desarrollo tecnológico se habría convertido, tal y como ahora se presenta con clara tendencia, en la forma por excelencia de predominio de los intereses económicos y políticos de los países desarrollados en las naciones menos desarrolladas. También se constataría el fracaso de iniciativas a nivel bilateral y multilateral para que estos conocimientos se compartieran en forma equilibrada entre el Norte y el Sur.

Otro de los temas que trató Rafael Segovia fue el del pluralismo político. ¿Cómo podemos vislumbrar las tendencias al futuro en este renglón? Ante todo hay que subrayar un hecho evidente: el pluralismo político existe en la actualidad, si bien con las limitaciones en cuanto a articulación y manifestación que se han señalado en la mesa. Es decir, es un fenómeno real y presente, nada nuevo, por otro lado, pues basta recordar la intensa vida política de los años veinte, antes de la creación del Partido Nacional Revolucionario. Pero estoy seguro que a lo que se refiere Segovia es al pluralismo que encuentra su encauzamiento en un sistema de partidos articulados, con plataformas claras, estatutos y mecanismos de organización bien definidos.

Para los próximos 25 años podremos vislumbrar dos escenarios, que se concretan en bipartidismo o multipartidismo. Este último, el multipartidismo, parece ser por el momento la tendencia dominante. La Ley Federal de Organizaciones Políticas y Procesos Electorales (LOPPE), ley vigente en la materia y heredera de otras anteriores, ha sido diseñada reconociendo y propiciando el hecho político de que México debe y tiene que desarrollarse con un sistema de múltiples partidos. La participación de siete y luego nueve partidos en los procesos electorales ha sido una constante desde 1979, fecha de promulgación de la LOPPE, y la vía plurinominal de acceso a la Cámara de Diputados ha influido incluso en la vida camarál. Por otro lado, la organización federal que ordena la Constitución, y que da lugar a leyes electorales en los estados para las elecciones locales, ha reproducido el esquema plural de participación, con variantes en la fórmula plurinominal, al nivel incluso de los municipios. Todo ello ha creado, pues, una red de intereses reales que parecen fortalecer la tendencia al multipartidismo en el país.

Pero por otro lado, hay tendencias en el sentido del bipartidismo. El Partido de Acción Nacional, luego de un largo itinerario que lo llevó de una zona de influencia en el Bajío y pasó luego por Yucatán, llegó últimamente al norte del país. De esta suerte hay ya varios estados norteros en donde la política de adversarios electorales, sin que desaparezcan los demás partidos, presenta un claro perfil bipartidista. En el Sureste, aunque sin la claridad del proceso

anterior, hay regiones en donde se pueden constatar tímidas coaliciones de izquierda que eventualmente podrían desembocar en un movimiento de esta persuasión ideológica. En el resto del país, salvo el Distrito Federal que muestra la concurrencia pluripartidista más fuerte, el dominio del Partido Revolucionario Institucional es indudable.

¿Cómo influirá la situación económica de que hablaba Carlos Bazdresch en este contexto y en el comportamiento del electorado? Una posibilidad podría ser la "laboralización" del PRI que lo llevara a una posición más a la izquierda, quizá incorporando partidos situados en esa ala del espectro político. Otra podría ser que el PRI aumentara su capacidad de articulación de demandas y de negociaciones entre grupos, flexibilizando sus mecanismos anteriores para la designación de candidatos, para contender con mayor eficacia con las presiones electorales nuevas.

Algunos podrán decir que la moneda está en el aire en cuanto a bipartidismo y multipartidismo, pero no olvidemos que las leyes electorales son también mecanismos inductores, en uno u otro sentido. En todo caso, el bipartidismo, por lo pronto, no pasa de ser un fenómeno con expresiones regionales. Pero pase lo que pase, no creo que el fortalecimiento del sistema de partidos venga como consecuencia de lo que aquí se ha llamado la democracia otorgada, un acto único y explícito por parte del Estado; será, cada vez en mayor medida, la sociedad quien lo imponga y dependerá de la forma en que los partidos reaccionen ante ella y sus demandas, como los partidos se fortalecerán o debilitarán. Dentro de 25 años, y aquí concuerdo con Rafael Segovia, veremos una sociedad política más articulada, que no habrá pasado por grandes cambios convulsivos. Si la sociedad civil de mediados de los ochenta es mucho más compleja que la de 1910, cuando se "despertó el tigre" que dijera Porfirio Díaz, la de 2011 lo será todavía más, y esa complejidad creciente ayudará a diluir, en la multiplicidad de instituciones, clases, grupos de interés y de presión, las tensiones sociales para ser encauzadas en forma constructiva.

El periodismo es el tercer tema de la ponencia de Segovia que desearía comentar. Si queremos ubicar al periodismo como elemento político, se precisa tener en cuenta los modelos que existen y a cuál sigue el periodismo mexicano. Frente al modelo europeo occidental, de prensa hasta cierto punto neutra y centrada en proveer la información para que el ciudadano tome sus opciones políticas, se contraponen el norteamericano, de tono con frecuencia sensacionalista y al que importa, antes que nada, la noticia. No es el modelo europeo, que hubiera querido Cosío Villegas, el que impera en México, sino el norteamericano.

Vemos en la actualidad, y esto es otra tendencia clave, aparecer un periodismo militante, que no pocas veces alcanza el grado de "amarillismo político", sobre todo en provincia, orientado a articular reclamos de los miembros de la clase media, que después de todo son sus lectores. No es extraño percibir en algunos periódicos un aliento a la *jacquerie* de clase media, en la medida que ese periodismo pone el acento más en las críticas al "sistema", que en ser portador de propuestas para mejorarlo. No es extraño tampoco constatar en algu-

nos de ellos, una encendida admiración por el sistema político norteamericano.

Aun así, tengo para mí que la importancia del periodismo escrito habrá cedido terreno, dentro de 25 años, en favor de la radio, pero sobre todo de la televisión. Incluso hoy por hoy el terreno de debate político empieza a ubicarse cada vez en mayor medida en la pantalla chica. Sin llegar al extremo de la utopía de *Fahrenheit 451*, en 2011 habrá de presenciarse una verdadera arena política electrónica.

Para el año 2011, y en esto también coincido con Segovia, contemplaremos un campo muy parecido al actual, con formas similares a las de hoy en día en cuanto a articulación política de los campesinos. Creo, sin embargo, que la población campesina será menor y no mayor que la actual, lo cual favorecerá esta tendencia. Pero lo que sí puede presentar novedades, y aquí difiero de Segovia, es el movimiento obrero. Es indudable que dentro de un marco de crisis, paliada o no, habrá un precio que pagar a cambio del apoyo del sector obrero a las políticas económicas restrictivas, necesarias por otro lado para enfrentar la situación económica. Y ese precio lo vislumbro en un movimiento obrero cada vez más fuerte y poderoso políticamente que quizá llegase, viejo sueño de los líderes obreros, a la central única de trabajadores.

Por último, procurando la velocidad que quiere Lorenzo Meyer que le imprimamos a los comentarios, queda el tema de la representación y la representatividad políticas, tema que tradicionalmente le ha preocupado a Rafael Segovia. Tenemos una reforma política que fue hecha, más con propósitos de beneficiar a la izquierda que a la derecha, aunque una serie de errores, hay que aceptarlo, por parte de la izquierda y que incluso han llevado a últimas fechas a proposiciones y alianzas contra natura como señala el propio Segovia, les ha llevado a desaprovechar esta posibilidad. Los que se han aprovechado de las posibilidades de la reforma política han sido los que se encuentran en el extremo contrario del abanico político.

Si queremos pensar en soluciones institucionales como lo piden Bernal y Silva, que encaminen todo este proceso para el año 2011, propongo explorar el fortalecimiento del poder legislativo. Ahí es donde se puede encontrar la capacidad para poder tener la coincidencia entre representación y representatividad. Yo veo ya algunos indicios en este sentido en las recientes discusiones en torno a introducir dos períodos de sesiones en el Congreso y en el mismo hecho de haber abierto el tema de la reforma del senado para introducir la plurinominal en la cámara alta. Por otro lado en el ámbito legislativo hay una serie de hechos, aunque la prensa lo informe mal, que apuntan el sentido anotado. Buena parte de las iniciativas que presenta el ejecutivo son modificadas en los trabajos de comisiones de la Cámara de Diputados, y ello no manifiesta más que la confluencia de diversos puntos de vista de las fracciones parlamentarias. Y no tardará mucho tiempo en que finalmente surja la discusión sobre otro de los grandes temas, que es la clave para culminar la reforma legislativa y que se refiere a la reelección de los parlamentarios. En México se contará con un poder legislativo fuerte, un poder legislativo capaz de concertar, cuando se establezca la carrera parlamentaria.

Pienso que éste es un posible arreglo institucional que puede lograrse en los próximos 25 años. Junto a otros como la descentralización y el fortalecimiento del municipio, son avenidas políticas para la continuidad y desarrollo de nuestro sistema político.

LUIS MEDINA

La democracia es un tema que ha estado en el centro de la discusión pública en los últimos años. La demanda de democratización ha penetrado en casi todas las capas de la sociedad. Su amplitud y extensión condujeron a una propuesta de democratización integral del Estado, que sintetizaba la aspiración de profundizar en el proceso y de ampliar su sentido al cumplimiento de nuestro texto constitucional. Sin embargo, las propias tendencias a la apertura del sistema político, las consecuencias de la crisis económica y las particularidades de los procesos electorales condujeron a que se transformara la pureza de los procesos electorales en el signo privilegiado de la modernización democrática del país. La democracia en su sentido electoral se convirtió en un tema aglutinador de la opinión pública, olvidándose aspectos importantes de la realidad que, de alguna manera, influirán en la dirección que adopte el proceso democratizador.

En una discusión sobre nuestros próximos veinticinco años, resultaría interesante plantear hasta qué punto la democracia como procedimiento electoral condensa las aspiraciones y necesidades de la sociedad mexicana, tomando en cuenta que México tiene una amplia tradición de participación y representación social que no necesariamente se manifiesta por medio del sistema de partidos. En este sentido la democracia electoral, que se ha pretendido utilizar sistemáticamente como única medida de legitimidad del sistema político, no agota el campo de la libertad, de la participación y de la representación. A nuestro modo de ver, existen otros aspectos del fenómeno democracia que resultan igualmente relevantes y que han estado marginados de la atención de la opinión pública. De ello resulta que se está tomando como fenómeno global un aspecto de nuestra vida política y social y, al analizarlo, en muchas ocasiones no se plantean las condiciones de su realización.

Todos estaríamos de acuerdo en que enfrentamos un momento en que resulta necesaria una renovación de las estructuras económicas, políticas y sociales del país. Pocos podrían plantear que ésta pudiera darse mediante una ruptura radical; al contrario, muchos pensamos que es en la capacidad de renovación institucional que ha mostrado el sistema en donde habría que sustentar un cambio de esa naturaleza. Sin embargo, todo proceso social tiene sus condiciones y no depende exclusivamente de la voluntad del Estado. Requiere condiciones que están en la sociedad, que dependen de la forma en que

se manifiestan sus intereses, de su organización y modos de participación y de acciones políticas que se vayan concretando. Plantear sin más, al margen de nuestra vida política, una democracia puramente electoral, muy probablemente conduciría a mantener situaciones locales de poder que no necesariamente fortalecen las representaciones. Esto es más real en cuanto no constituimos una sociedad homogénea en términos de cultura, de grado de organización ni de niveles de participación. Los partidos no han tenido un desarrollo uniforme; su implantación sigue siendo regionalizada y dependiente, en muchos casos, de figuras locales, y en otros, de la forma en que la situación nacional se manifiesta en cada región. De igual forma, su peso en los grupos sociales es muy diferente y disparate, al grado que son, en muchas ocasiones, gestores de intereses particulares y no representantes verdaderos de un interés general.

En estas condiciones, la discusión sobre el porvenir del proceso de democratización requeriría incorporar otros aspectos. Es cierto que consustanciales a la democracia son la libertad y la representación. Pero, por más autónoma que se la conciba, la vida política está ligada a fenómenos que provienen de la economía, de prácticas de negociación social y de transformaciones en el ámbito institucional, así como al comportamiento de grupos y actores políticos.

Para avanzar en una idea integral de modernización democrática de nuestra vida política, cabría vincular el perfeccionamiento de los procesos electorales con otras condiciones de nuestra vida económica, social y política —vincular, por ejemplo, el fortalecimiento de formas de organización social (que no estén orientadas a la consecución de objetivos políticos, sino al mejoramiento de la vida social) con las necesidades del juego electoral. Tampoco podemos olvidar que hay necesidades de renovación en el aparato productivo. Las restricciones que impone una forma de crecimiento industrial —de organización productiva, para ser precisos— a la modernización y reconversión de la industria nacional, no pueden quedar al margen de la discusión sobre la democracia.

Temas como la productividad, la renovación de la organización campesina orientándola a la promoción de la producción y defensa de sus intereses en el reparto del excedente que generan, la modernización de las organizaciones obreras como línea de apoyo a un proyecto productivo moderno, son elementos cuya evolución contribuye a favorecer, o a frenar, un proceso amplio de democratización cuya suerte no depende de procedimientos electorales. Frente a esta gama de problemas, la capacidad reformadora del régimen no puede hacerse depender de la espectacularidad de las medidas, sino de los pequeños pasos que se van dando en cada una de las áreas, teniendo en cuenta que hoy como nunca la complejidad de los fenómenos termina por hacer pensar que el tema más visible y de mayor resonancia es el más importante.

En estas condiciones, hay que tener prudencia excesiva en el planteamiento de la dirección del proceso de democratización y calibrar mejor las condiciones que éste requiere junto a los equilibrios necesarios a la estabilidad. Una democracia a secas, que se marginara de los procesos de participación y repre-

sentación social, podría impedirnos ser más democráticos. Cabría, pues, explorar y ampliar la discusión a formas distintas de fortalecimiento democrático, dar su lugar específico a los procedimientos electorales y no hacer depender de ellos, en exclusiva, la vida legítima del sistema político.

MARCO A. BERNAL
y FERNANDO SILVA